

## Las misivas de creación: el proceso creativo de Kafka en *Cartas a Felice*

Lizeth Solorio Arreola  
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

DONDE LO ABSURDO SE UNE A LO PROFUNDO, aderezado de un hálito basado en lo extraordinario, se cierne Franz Kafka, mejor conocido por ser el autor de *La metamorfosis*. Emergido como un pilar de enigmas, el autor praguense fue capaz de orquestar narrativas resonantes con las incertidumbres existenciales más hondas del espíritu humano, donde no solo importa el cómo sino el por qué. Aunque su escrito más célebre es aquel que narra las peripecias del recto y responsable Gregorio Samsa, el corpus creativo del autor es extenso, el cual siempre denota su inagotable cuestionamiento del mundo. En el laberinto de incertidumbre y literatura en el que se sitúa Franz Kafka, emergen las *Cartas a Felice*, testamento de la enigmática correspondencia que el autor mantuvo con su prometida —aunque nunca esposa— Felice Bauer. Con alrededor de 700 misivas, la recopilación epistolar funciona no solo como un testimonio a los detalles de la vida de Kafka —detalles familiares, datos biográficos, acontecimientos amorosos— sino también como un acercamiento a su proceso creativo de escritura.

En distintas ocasiones, Franz Kafka ahonda sobre el desarrollo de sus escritos y las dificultades que estos le causaban en su vida personal, y si bien no se puede entender el estilo del autor únicamente por las aseveraciones que este hace en sus cartas, se puede llegar a conocer más acerca de los procedimientos que antecedieron a las grandes obras que ahora conocemos. Para esto, analizaremos tres cartas, las cuales corresponden a las fechas del 1 de noviembre de 1912, 24 de diciembre del mismo año y 19 de enero de 1913. Esto, sin embargo, no indica que en solo dichas ocasiones Kafka haya ahondado acerca de la escritura, sino que las anteriormente mencionadas funcionarán como texto suficiente para el propósito del presente artículo.



“Una vez más he dicho poca cosa”,<sup>1</sup> menciona Kafka al término de la carta correspondiente al 1 de noviembre, aunque en realidad se trata de todo lo contrario; entre cavilaciones acerca de su rutina diaria y trabajos por realizar, el autor despliega su relación con la escritura y cómo esta no siempre es positiva. Dirigiéndose a Felice, el autor habla de cómo su vida siempre ha consistido “en intentos de escribir, en su mayoría fracasados” (p. 36), y si bien no lo ofrece como una excusa, a continuación insinúa que sus energías siempre han sido escasas, lo cual le ha causado una sistematización de tiempo que, en ocasiones, le impide extenderse en el ámbito literario. Así pues, dicha situación se le presenta como un melancólico claroscuro, pues si bien tiene que cuidar su salud, el no escribir le provoca “estar por los suelos” (p. 37). En la psique laberíntica de Franz Kafka, el delicado equilibrio de su bienestar —no solo físico, sino también psicológico— baila en cadencia con su pluma; sus palabras se organizan en función de su escritura. Su fervor literario se vuelve reflejo de su paisaje interno, donde las emociones igualan a las palabras que rasgan el papel.

“¿Qué va a ocurrir si no soy capaz de escribir nunca más?” (p. 184) se lamenta en la carta del 24 de diciembre de 1912, en la cual menciona que lleva más de una semana sin poder escribir algo que le satisfaga. En medio de un túnel en el cual las dudas sobre sí

mismo lo acongojan como las Erinias a Orestes, Kafka lucha con el temible desafío que representa el transcribir sus ideas a una expresión escrita, pues las inadecuaciones que puedan aflorar mermarán —de acuerdo consigo mismo— su valor como artista. En párrafos posteriores, el autor menciona que hacía un par de días había iniciado una nueva historia, la cual se vio prontamente interrumpida, indicando que las palabras ya no venían a él con facilidad, incrementando su descontento general. Esta no es la única ocasión en la cual Franz Kafka manifiesta irritación contra su propia psique literaria, lo cual convierte en un agrio pesimismo autoinfligido.

En las cartas analizadas de Kafka, su insatisfacción parece provenir de dos lugares: de sí mismo o por el comportamiento de Felice Bauer. Comentemos, pues, cada una de dichas manifestaciones. En la misiva correspondiente a la víspera de la Navidad de 1912, Kafka corresponde su falta de escritura como una posible repercusión negativa en su amada. En un par de líneas, el autor lamenta que el no escribir lo convierte “en un ser peor, más disoluto, más inseguro, el cual no podrá gustarte en absoluto” (p. 185). Además de indicar lo anodino que le parece su propio proceso —y resultado— de escritura, Kafka muestra que une e iguala su valor moral a la prodigiosidad de sus escritos. El pesimismo que también se intuye ya en otras de

<sup>1</sup> Franz Kafka, *Cartas a Felice: correspondencia de la época del noviazgo (1912-1917)* (trad. Pablo Sorozábal). Nordiaca libros, Salamanca, 2013, p. 39, 829 pp. En adelante se citará por esta edición en el cuerpo del texto señalando solamente la página entre paréntesis.



las obras del autor se vuelve *leitmotiv* no solo de sus personajes, sino de sí mismo. “No habría humillación que no tomara yo sobre mí”, lamenta, dirigiéndose a Felice, “pero, ¿adónde voy a parar?” (p. 186). Pareciera que la pluma de Franz Kafka dicta su vida con el mismo trabajo con el que él metódicamente recrea sus idilios literarios.

La segunda manifestación, en la cual la desazón del autor es causada por el humor de Felice —y no viceversa— se hace presente en la carta del 19 de enero de 1913. Después de reprocharle sobre su falta de correspondencia y taciturno talante, Kafka termina la misiva con un deseo, el cual es que Felice “se haya calmado y esté decidida a recoger la desdicha que causa y que, por un momento, ha echado por tierra” (p. 246). La silueta de Felice Bauer resuena, aunque leve, en las composiciones de Kafka, ya sea para bien o para mal; las complejidades de su relación, si bien no un agente completamente activo, se vuelven tanto la musa como la sombra de las palabras. No todo es, sin embargo, perpetua tristeza en las cartas y el proceso de Franz Kafka, con momentos en los que menciona poder escribir algo, lo cual hace que le “entren nuevos ánimos” (p. 186). En la carta del 1 de noviembre de 1912, después de manifestarle a Felice sus preocupaciones sobre el futuro de su

carrera literaria, sus líneas toman un horizonte más cercano a la positividad que al pesimismo, llegando a elogiar su propio estilo. “En lo tocante a la literatura, haya nada en mí que se pueda calificar de superfluo, superfluo en el buen sentido de la palabra” (p. 37), lo cual habla de una escritura sin partes innecesarias o redundantes, un estilo que se cumplirá en sus obras.

El carácter de escritura de Franz Kafka, en sus novelas y cuentos así como en su correspondencia personal, se erige como un faro de aciertos, pero también de incertidumbres. Con una característica y enigmática prosa, en las *Cartas a Felice* el autor praguense logra entretejer sus aspiraciones y proceso creativo junto a sus idilios amorosos y menesteres personales. Sus conflictos internos expresados en las misivas, si bien no deben tomarse como una batuta con la cual se permeee el entendimiento o sentido de sus obras, funcionan como un testamento de que el proceso creativo y apreciación por la escritura de los autores no es solamente complicado, sino también único. Para hablar del arduo camino de las letras, quién mejor que el mismo Kafka, quien adivinaba ya que “en alguna parte, aunque sea difícil descubrirla, tiene que haber una buena estrella bajo la cual pueda uno seguir viviendo” (p. 37).

